

ciencia a la teología moral, para terminar considerando lo que el filósofo francés denomina "ciencia del práctico" lo que conduce a "distinguir, en el interior del saber práctico dos instancias: siendo la una especulativamente práctica, la otra será *prácticamente práctica*" (p. 260). Esta segunda instancia puede ser considerada analógicamente como ciencia aunque menos perfecta que la primera.

"Filosofía y Evangelio a la luz del testimonio de Jacques Maritain" es el tema abordado por M. Gildas Labey (pp. 263-273), donde tomando como punto de partida la obra y el testimonio del pensador tomista intenta una reflexión sobre la unidad de la filosofía cristiana, que es por esencia una filosofía abierta a la intuición del ser "confortada por la fe para mejor realización de su obra propia". Considera el autor que una filosofía en la que prime el concepto está destinada a sumergirse en el ateísmo. La filosofía cristiana se funda, precisamente, en la apertura al ser y "a Aquel que es el Ser y el Amor subsistente" (p. 269); que se da implicado, aunque oculto, en la intuición del ser. En el filósofo cristiano se da una visión integral del ser, no como algo realizado, sino como camino.

Doctor Héctor González Uribe: "El hombre y el Estado en el pensamiento político de Jacques Maritain" (pp. 275-296): presenta sintetizada en ocho puntos una reseña crítica de la obra *El hombre y el Estado*: la noción de Derecho natural; la diferenciación entre nación, cuerpo político y Estado; la distinción tan cara a Maritain entre individuo y persona; la crítica a la noción de soberanía como emanada del absolutismo; el llamado a crear un "consejo consultivo supranacional".

Los siguientes artículos, que por razones de extensión sólo nos limitamos a mencionar, desarrollan distintos y no menos importantes asuntos de la inmensa obra de Maritain: Dr. José R. Sanabria "La dialéctica immanente del primer acto de libertad según J. Maritain"; Mtro. Raúl Gutiérrez Sáenz: "La educación como realización del educando"; Lic. Isaac Guzmán Valdivia: "Jacques Maritain y los problemas sociales de nuestro tiempo"; Mtro. Jaime Ruiz de Santiago: "Jacques Maritain o la fidelidad de la inteligencia"; Lic. Fernando Sodi Pallares: "Experiencia metafísica y experiencia mística"; Mtro. Miguel Manzur: "Consideraciones sobre la estética de Jacques Maritain"; Lic. Miguel A. Zarco: "Hacia un Humanismo integral"; Lic. Efraín González Morfín: "El fin del maquiavelismo. Principios de una Filosofía Política".

JOSÉ ANTONIO DIAZ

ROBERTO GROSSETESTE, *Suma de los ocho libros de la Física de Aristóteles* (*Summa Physicorum*), texto latino, traducción y notas de J. E. Bolzán y Celina Lértora Mendoza, Eudeba, Col. "Los Fundamentales", Buenos Aires, 1972, 150 pp.

Muy plausible la edición del título porque señala una senda, apenas hollada por nuestros estudiosos y que merece prolongarse. Creemos que ya no es menester insistir acerca de la variedad de temas y enfoques propios del pensamiento medieval. En el orbe artístico como en el de las letras y la filosofía, las investigaciones de la pasada y de la presente centuria tornan incuestionable su potencialidad creativa, desde luego con debida matización —de lo receptivo a lo enjundioso—, en los casi quince siglos que, en lato sentido, cubre la Edad Media.

El trabajo que reseñamos es, en cierto modo, muestra de lo antedicho. Sirve, por de pronto, para no restringir el campo del pensamiento medieval a las artes liberales, la metafísica, la ética o la teología, sino que volcóse también a las ciencias —física, cosmología, meteorología, óptica, perspectiva, etc.), apelando al método experimental y a la matemática. No es corta la lista de maestros medievales dedica-

dos a trabajos de ciencia experimental. En este orden de cosas, la facultad de artes oxoniense cumplió, en el siglo XIII, un papel decisivo, especialmente por los oficios de Roberto Grosseteste, Tomás de York y Rober Bacon; corriente científica que hoy despierta particular interés a los especialistas. El primero, en su condición de canciller de Oxford, obispo de Lincoln y, sobre todo, por su profunda versación en obras científicas árabes, puede ser considerado como su adelantado y propulsor por excelencia. Basta recorrer, en su bibliografía, los títulos de los opúsculos para relevar la cuantía de los dedicados a cuestiones científicas experimentales. No en balde su discípulo Bacon se gloria de su maestro: "Scivit mathematicam et perspectivam et potuit omnia scire".

La *Introducción* contiene una corta biografía de Grosseteste, la nómina de sus trabajos y una digresión al *Commentarius in VIII libros Physicorum*, de Aristóteles, que, si bien fragmentaria, es considerada obra auténtica. Se pone de relieve que efectúa Grosseteste un estudio concienzudo de la física, mechado de reflexiones propias y esbozando las aporías que el texto suscita, sin someterse a la literalidad del mismo. El referido Comentario junto con el de S. Tomás a la *Física* aristotética, en forma paralela, se publicaron en esta revista (SAPIENTIA, 1970, XXV, 179-208 y 257-288). Será ventajoso al lector recurrir a dichos comentarios para la comprensión de las variantes con la presente *Suma*. De esta manera se logra la clave para afirmar que, en el estado actual de la crítica interna del *Comentario* y la *Suma*, esta última no puede ser reputada propia de Grosseteste. En efecto la serie de elementos reunidos —discrepancias doctrinarias del *Comentario* y la *Suma*, principalmente en lo que atañe a lo original que puede descubrirse en ambas obras —autorizan la precedente conclusión de no ser adscribibles a un mismo autor.

Ahora bien, lo indudable es que, independientemente de que sea o no de Grosseteste, resulta un trabajo de subido valor y justifica el haberse acometido la tarea de esta versión bilingüe. En el capítulo que los editores dedican a la *Suma*, como prefacio, en cierto modo, del texto, tras pronunciarse prudentemente acerca de su autenticidad, se ocupan de la teoría de la materia, la conceptualización de la naturaleza, la composición de esencia y existencia, definición del movimiento, teoría del infinito, el tiempo, la explicación de la generación y el Primer motor, a manera de ayuda del lector, ante una lectura sin acápites. El tema de la composición de esencia y existencia se glosa con acierto en la nota 14 de la pág. 79. Es un dato más en contra de la autenticidad, porque siendo una precisión de S. Tomás, habrá que pensar más bien que la obra sea endosable a algún discípulo de éste, cercano o remoto o sencillamente a algún centón. Lo cierto es que no se compagina con los presupuestos de Grosseteste, como tampoco la terminología, que, en el caso del *Comentario* guarda coincidente significación con otras obras de aquél y, en cambio no aparecen en la *Suma*, no obstante que la materia de ambos invitaba a usar un lenguaje común. Ante el cúmulo de argumentos, mientras no surjan otros factores, habrá que inclinarse en el sentido de tratarse de un Pseudo-Grosseteste, al modo de lo ocurrido con la *Summa Philosophiae*. Son recomendables un buen número de las notas tanto al texto latino como al español, más especialmente estas últimas.

Bien está, lo repetimos, y digno de especial aliento el haber abordado entre nosotros esta edición. Tenía que ser un investigador en el campo de la filosofía de la naturaleza y familiarizado con las ciencias el autor de la iniciativa, a la par de su colaboradora que cuenta en su haber promisorios trabajos de investigación. Dejan aclarado que no se trata de una edición crítica, pero esperamos que les llegará el momento, con los instrumentos de trabajo tan indispensables y la maduración sin la cual fracasan los mejores propósitos, de emprenderla con todo su rigor. Hemos de hacer notar que es la primera traducción española y que

sepamos tampoco ha sido vertida a otro idioma moderno. Encomiable, desde luego, que Eudeba sea la patrocinadora de la publicación y es de desear que esta línea de investigación se mantenga y perfeccione.

G. TERÁN

OCTAVIO N. DERISI, *La Iglesia y el orden temporal*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1972, 219 pp.

La presente obra de Mons. Derisi recoge varios trabajos destinados, como lo indica su título, a clarificar las relaciones de la Iglesia con el mundo: determinar la esencia y fin de la Iglesia, para orientarnos respecto a su forma de participación y acción en el orden temporal.

La circunstancia concreta que genera estas meditaciones es, al parecer, la tendencia agnóstica e irracionalista típica de nuestra época, y productora a nivel eclesial del surgimiento de un nuevo clericalismo de matices naturalistas. Por un desconocimiento de la naturaleza y función específica de la Iglesia intenta fusionar consecuencia no puede ser otra que la destrucción de la Iglesia misma. Desde esta su ámbito de acción con la actividad económica, política y social del hombre. La perspectiva el Evangelio queda reducido a algo "natural" desconociéndose u olvidándose su valor sobrenatural. Asimismo, la teología es deíada de lado como algo carente de sentido.

La obra consta de veintisiete capítulos, estando destinados los primeros a desarrollar las bases doctrinales del tema. En primer término destaca Mons. Derisi la finalidad sobrenatural de la Iglesia, fundada por Cristo para la salvación de los hombres que son partícipes por la Fe y el Bautismo del Cuerpo Místico de Jesús en virtud del cual pueden ser llamados hijos de Dios. Este Reino de Dios aunque está en el mundo no pertenece al mundo, tiene la propiedad de ser *visible e invisible* simultáneamente; fundamentalmente existe en el interior del alma del hombre en tanto que participa de la misma vida divina legada por la "Encarnación y Redención del Hijo".

En el apostolado de Cristo, no encontramos nada que nos permita considerarlo como un "revolucionario" dedicado a solucionar los problemas temporales de su época. Muy por el contrario, se trata de un cambio interior, del surgimiento de un "hombre nuevo" por la muerte del "hombre viejo". Sólo desde este renacer sobrenatural se cambia el mundo temporal en virtud de la gracia divina que cura la herida y descarriada naturaleza humana. En efecto, la vida de la gracia se instaura sobre la de la naturaleza, por ello debe primeramente sanarla para posibilitar la aprehensión de la Verdad por la inteligencia, y la conversión de la voluntad: el orden sobrenatural restaura al natural permitiendo al hombre recobrar todas las dimensiones de su ser personal frente al Ser de Dios y del mundo, y, por consiguiente, permite la restauración de una verdadera esfera cultural. "Únicamente bajo el influjo cristiano es posible el restablecimiento de los valores trascendentes y de la vida espiritual en toda su fuerza, vida específica de la persona humana o, lo que es lo mismo, es posible establecer el 'humanismo' que, por eso, se constituye siempre como humanismo cristiano" (p. 20).

La Iglesia no actúa, ni debe actuar, directamente sobre el orden temporal que posee su esfera y actividad específicas, lo hace indirectamente "por añadidura" y desde lo profundo, por así decir, en tanto que a través de sus hijos vivifica este orden por medio de sus principios sobrenaturales. En todo caso, podemos hablar de una intervención directa negativa porque es deber de la Iglesia denunciar y condenar los errores que se producen en la actividad mundana contrarios no sólo al orden sobrenatural, sino incluso al orden meramente humano. Destaca el autor